

Lírica griega arcaica

Arquíloco (c. 650 a.C.)

La fortuna y el destino dan al hombre todas las cosas, oh Pericles. (fr.8 D)

Ni la ciudad ni ningún ciudadano reprochará, oh Pericles, nuestro duelo, lleno de lamentos, cuando se regocije en alegres reuniones: tales son los hombres que han anegado las olas del mar estruendoso; hinchados de dolor tenemos los pulmones. Pero los dioses, querido mío, han puesto la esforzada resignación como medicina de los males sin remedio. Una vez es uno y otra otro el que los padece: ahora se han vuelto contra nosotros y lloramos una herida sangrienta; y otra vez se irán a casa de otros. Ea pues, resignaos cuanto antes, dejando el dolor mujeril ((7 D.)

Alguno de los sayos se ufana con mi escudo, que junto a un matorral
- instrumento excelente – abandoné mal de mi grado.
Pero salvé la vida; ¿qué me importa aquel escudo?
Váyase enhoramala, que ya me procuraré de nuevo otro no inferior. (6D)

Todo el que existe siente el hechizo de las canciones (106 D.)
(Traducción de F. Rodríguez Adrados)

Oh Zeus, padre Zeus, tuyo es el imperio del cielo, tú ves las acciones criminales y justas de los hombres, tú prestas atención a la justicia e injusticia de las bestias. (94 D.)

Zeus es entre los dioses el más verídico adivino y del él mismo depende el cumplimiento (84 D.)

...sino que el amor que debilita los miembros me somete a su imperio, amigo mío, y no me cuido de los yambos ni de las diversiones (118 D.+ 20 D.)

No me importan las riquezas de Giges, rico en oro, ni me ha dominado la ambición ni envidia las acciones de los dioses y no codicio la soberbia tiranía: lejos está de mis ojos (22 D).

Siete muertos han caído que habíamos alcanzado a la carrera, ¡y somos mil sus matadores! (...)
(61 D.)

Atribúyeselo todo a los dioses: con frecuencia levantan a hombres que yacían en la negra tierra, sacándoles de su infortunio; y con frecuencia les derriban, haciendo caer boca arriba a otros que estaban seguros sobre sus pies; luego se sigue una serie de desgracias y el caído va de un lado a otro sin medios de vida y con la mente extraviada (58 D.)

Una sola cosa sé, pero es la más importante de todas: responder con terrible venganza al que matrata (66 D.)

Corazón, corazón atormentado por inmensos dolores, cobra valor y defiéndete ofreciendo el pecho al enemigo y deteniéndote con valor junto a las emboscadas de los hombres hostiles; si vences, no te jactes de ello públicamente y si eres vencido no gimas refugiándote en tu casa. Alégrate con las cosas alegres y no te irrites demasiado con los fracasos: date cuenta de las alternancias a las que está sujeto el hombrepues tú eres ahorcado por tus amigos...(67 D.)

(Traducciones de F. Rodríguez Adrados)

Nadie cuando ya ha muerto entre los ciudadanos, respetable ni muy famoso/
llega a ser: el reconocimiento más bien del viviente perseguimos/
los vivos, las pésimas cosas siempre a quien ha muerto acontecen. (frag. 64 D)

Desventurado yazgo por este amor apasionado, sin aliento, y a causa de los dioses por tormentos difíciles de soportar traspasado/ hasta los huesos (104 D)

Tan grande deseo de amor en mi corazón envolviéndose
una espesa niebla sobre mis ojos esparció,
arrebátandome desde el pecho dulces sentimientos. (112 D)
(Traducciones de Héctor García)

Tirteo (c.640 a.C.)

Porque es hermoso que muera en las primeras filas cayendo
el varón valiente, combatiendo por su patria.
Al que abandona su propia *polis* y los fértiles campos
pordiosear es lo más terrible entre todas las cosas,
extraviado con la madre amada y su padre anciano
y con los hijos pequeños de la legítima esposa.
Detestable será entre aquellos, a quienes él vaya,
cediendo a la necesidad y a la aborrecible pobreza,
avergüenza a su *genos* y degrada su hermoso aspecto
y toda deshonra y desgracia le acompañan.
Si realmente ninguna consideración ni dignidad ni respeto
ni compasión hay cuando el hombre anda como vagabundo,
con coraje por esta tierra luchemos y por los hijos
muramos, no ahorrándonos ninguno de nuestros alientos vitales./
Oh jóvenes, bueno, luchad permaneciendo uno al lado del otro,/
ni seáis los primeros en la huida vergonzosa ni en el miedo,
sino que haced grande y valiente al corazón en vuestros pechos/
ni améis tanto vuestras vidas, combatiendo con hombres,
y de los más viejos, cuyas rodillas ya no son ágiles,
no huyáis desamparando a los caídos en tierra,
porque es vergonzoso realmente esto, que en las primeras filas cayendo/
quede tendido delante de los jóvenes el hombre más anciano,
que tiene ya blanca su cabeza y canosa la barba,

exhalando su espíritu valiente en el polvo,
y los ensangrentados testículos afirmando entre sus amadas manos/
- cosas éstas vergonzosas a los ojos y al verlas hay que indignarse –/
y su cuerpo desnudo. Pero a un joven todo le es propicio
mientras conserve la brillante flor de la amada juventud,
al verlo es digno de admiración entre los varones, y deseado por las mujeres/
mientras está vivo, pero hermoso cuando cae en las primeras filas./
¡Bueno, el que va a combatir como es debido permanezca en ambas piernas/
apoyado sobre el suelo, su labio con los dientes mordiendo!. (fr. I, 6 (6 + 7 D))
(Traducción de Héctor García)

Es un bien común para la ciudad y el pueblo todo el que un guerrero...se mantenga firme en la
vanguardia sin cansancio...mas si cayendo en la vanguardia pierde su vida, dando gloria a su
ciudad, a su pueblo y a su padre...le lloran tanto los jóvenes como los viejos...De viejo, es
distinguido entre todos los ciudadanos (Frag. 8)
(Traducción de F. Rodríguez Adrados)

Semónides (segunda mitad siglo VII)

Y he aquí lo más hermoso que dijo el hombre de Quíos. “Cual la generación de las hojas, tal la de los hombres”. Pocos en verdad son los mortales que después de oírlo lo colocaron en su pecho; pues cada uno de los hombres mantiene una esperanza que prende en el pecho de los jóvenes. Mientras un mortal conserva la flor codiciable de la juventud, lleno de vanos pensamientos proyecta muchas cosas irrealizables; pues no tiene ni sospecha de que ha de envejecer y morir ni, cuando está sano, se acuerda de la enfermedad. Ingenuos, cuyo espíritu está así dispuesto y no saben que la duración de la juventud y de la vida es breve para los mortales; tú, en cambio, sabedor de esto, ten decisión para obsequiarte a ti mismo con cosas placenteras hasta el fin de la vida (29 D.)

Mucho tiempo tenemos para estar muertos y vivimos llenos de infortunios unos pocos años (3 D.)

Nadie hay completamente libre de reproche ni de infortunio (4 D.)

(Traducciones de F. Rodríguez Adrados)

Solón de Atenas (c. 600 a.C.)

A las Musas

Espléndidas hijas de Zeus del Olimpo y de Mnemosine,
Musas de Pieria, escuchadme en mi ruego.
dadme la prosperidad que viene de los dioses, y tenga
ante los hombres por siempre un honrado renombre,
que de tal modo sea a mis amigos dulce y a mi enemigo amargo,
respetado por unos, terrible a los otros mi persona.
Riquezas deseo tener, mas adquirirlas de modo injusto
no quiero. De cualquier modo llega luego la justicia.
La abundancia que ofrecen los dioses le resulta al hombre
segura desde el último fondo hasta la cima.
Mas la que los hombres persiguen con vicio, no les llega
por orden natural, sino atraída por injustos mensajeros,
les viene forzada y pronto enturbia el Desastre.
Su comienzo, como el de un fuego, nace de casi nada,
de poca monta es al principio, pero es doloroso su final.
Porque no les valen de mucho a los hombres los actos de injusticia.

Es que Zeus vigila el fin de todas las cosas, y de pronto
-como el viento que al instante dispersa las nubes
en primavera, que tras revolver el hondón del mar
estéril y de enormes olas, y arrasarse en los campos de trigo
los hermosos cultivos, alcanza el sublime hogar de los dioses,
el cielo, y deja luego el aire con aspecto sereno,

y brilla el fulgor del sol sobre la fértil tierra,
hermoso, y no queda ya ni una nube a la vista-
así aparece el castigo de Zeus. Que no en todo momento
es de pronta cólera como un individuo mortal.
Pero no se le oculta por siempre quien tiene un perverso
corazón; y de uno u otro modo al final lo evidencia.
Con que uno al instante paga, y otro después. Algunos escapan,
ellos, y no les alcanza la Moira fatal a los dioses,
pero esta llega en cualquier forma más tarde. Y sin culpa pagan
sus delitos sus hijos o su descendencia más tarde.
Mas los hombres, tanto el ruin como el bueno, pensamos así:
Cada uno mantiene una elevada opinión de sí mismo
hasta que sufre un daño, y entonces se queja. Pero hasta esto
nos regocijamos, pasmados, con vanas esperanzas.
Aquél que está abrumado por las enfermedades tremendas
piensa que va a tener en seguida salud.
Otro, que es cobarde, se cree un valiente guerrero,
así como hermoso quien no tiene una bella figura;
el otro, que es pobre y al que su miseria agobia,
piensa en conseguir de cualquier forma un montón de riquezas.

Se esfuerza cada uno a su modo. El uno, va errante
en las naves, tratando de llevar a su hogar la ganancia,
por el alta mar rica en peces, arrastrado por vientos terribles,
sin disponer de resguardo ninguno su vida.
Otro, labrando la tierra de cultivo el año entero,
es un siervo a jornal, de los que tras los curvos arados se afanan.
Otro, experto en las artes de Atenea y del hábil Hefesto,
con manos de artesano consigue sustento.
Otro instruido en sus dones por las Musas Olímpicas,
como conocedor preciso de tan envidiable saber.
A otro lo hizo adivino el dios certero, Apolo,
y sabe prever la desgracia que a un hombre amenaza,
si le inspiran los dioses. Aunque de ningún modo
ni el presagio ni los sacrificios evitan lo fatal.
Otros ejercen el arte de Peón, el de muchos remedios,
los médicos, que ignoran el fin de su acción:
muchas veces de una pequeña molestia deriva un gran dolor
y nadie puede curarlo aplicando las drogas calmantes,
en tanto que a otro, agitado por las terribles dolencias,
lo sanan al punto con sólo imponerle las manos.
La Moira es, en efecto, quien da a los humanos el bien y el mal,
y son inevitables los dones de los dioses inmortales.
En todas las acciones hay riesgo y nadie sabe
en qué va a concluir un asunto recién comenzado.
Así que uno pretende obrar bien no ha previsto
que se lanza a un duro y enorme desastre,
y a otro, que obró mal, le concede dios para todo
la suerte del éxito, que contrarresta su propia torpeza.

De la riqueza no hay término alguno fijado a los hombres;
pues ahora entre nosotros quien más bienes tiene
el doble se afana. ¿Quién puede saciarlos a todos?
Las ganancias, es cierto, las dan a los hombres los dioses
y de ellas procede el desastre, que Zeus de cuando en cuando
envía como castigo, y ya uno, ya otro lo recibe”.

(Traducción de Carlos García Gual)

Eunomia

Nunca perecerá nuestra ciudad por el destino que viene de Zeus ni por voluntad de los felices dioses inmortales: tan poderosa es Palas Atenea, la hija de fuerte padre, la de corazón valeroso, nuestra defensora, que tiene sus manos colocadas sobre nosotros; pero los mismos ciudadanos, con sus locuras, quieren destruir nuestra gran ciudad, cediendo a la persuasión de las riquezas; y, con ellos, las inicuas intenciones de los jefes del pueblo, a los que espera el destino de sufrir muchos dolores tras su gran abuso de poder; pues no saben frenar su hartura ni moderar en la paz del banquete sus alegrías de hoy.....
Se enriquecen dejándose atraer por las acciones injustas.....
Sin perdonar las riquezas sagradas ni las del estado, roban lanzados a la rapiña, cada uno por su lado, y no respetan los venerables cimientos de la Justicia que, callada, se entera de lo presente y lo pasado y con el tiempo llega siempre como vengadora. Esta herida, imposible de evitar, alcanza entonces a la ciudad entera: rápidamente cae en una infame esclavitud, que despierta las luchas civiles y la guerra dormida, fin de la hermosa juventud de muchos ciudadanos; que una hermosa ciudad es en breve arruinada a manos de sus enemigos en sus conciliábulos de que gustan los malvados. Éstas son las calamidades que se incuban en el pueblo; y, en tanto, muchos de los pobres llegan a una tierra extraña, vendidos y atados con afrentosas ataduras.....
De esta forma, el infortunio público alcanza a cada uno en su casa y las puertas del patio no pueden cerrarle el paso, sino que salta por encima de la elevada tapia y encuentra siempre a su presa aunque uno se refugie huyendo en su cámara más remota. Éstas son las enseñanzas que mi corazón me ordena dar a los atenienses: cómo Disnomía acarrea males sin cuento a una ciudad mientras que Eunomía lo hace todo ordenado y cabal y con frecuencia coloca los grillos a los malvados: allana asperezas, pone fin a la hartura, acalla la violencia, marchita las nacientes flores del infortunio, endereza las sentencias torcidas y rebaja la insolencia, hace cesar la discordia, hace cesar el odio de la disensión funesta y bajo su influjo todas las acciones humanas son justas e inteligentes (3.D)

De la nube proceden la furia de la nieve y del granizo y el trueno nace del brillante relámpago: a manos de los grandes perece el estado, y el pueblo, por ignorancia, cae en la esclavitud de un tirano. El que eleva demasiado a un hombre no puede después contenerle fácilmente, sino que desde ahora hay que saber todo esto (10 D.)

(Traducciones de F. Rodríguez Adrados)

Alceo (c. 600 a.C.)

...a ese hombre de bajo linaje, a Pítaco, le hicieron tirano de esta ciudad sin hiel y víctima de un dios hostil, tras colmarle de grandes elogios todos juntos. (fr. 106)
(Traducción de F. Rodríguez Adrados)

Empapa de vino los pulmones, pues la estrella está haciendo su giro y la estación es dura y todo está sediento por el calor y resuena desde el follaje la cigarra cantora...y florece el cardillo. Ahora están más peligrosas las mujeres y débiles los hombres, pues...su cabeza y sus rodillas Sirio las hace arder... (fr. 105)
(Traducción de F. Rodríguez Adrados)

No hay que rendir el ánimo ante los infortunios, pues nada vamos a ganar sufriendo, oh Buquis, y es el mejor remedio hacernos servir vino y embriagarnos. (fr. 93)
(Traducción de F. Rodríguez Adrados)

Bebe y embriágate junto conmigo, oh Melanipo, ¿por qué piensas/
que, cuando hayas cruzado el torbellinoso Aqueronte, al gran río/
franqueando, la pura luz del sol de nuevo
vas a ver? ¡Vamos, no ansíes cosas tan grandes!
Sísifo, el rey, hijo de Eolo, entendido
en numerosísimas cosas de los hombres, creía poder huir de la muerte,/
pero también él, a pesar de ser muy astuto, por voluntad de la ker, dos veces/
atravesó el torbellinoso Aqueronte, y el Cronida
le estableció que realizara un gran y pesado trabajo
bajo la negra tierra. ¡Vamos, no pienses en las cosas de abajo
mientras seamos jóvenes! Ahora más que nunca es necesario
que soportemos cualesquiera de las cosas que Zeus determinará/
que suframos. Pero mientras el viento Bóreas esté enfurecido
bebamos el vino dulce como la miel, remedio de males. (Fr. 38 Lobel&Page)

(Traducción de Héctor García)

Safo (c. 590 a.C.)

Inmortal Afrodita de trono colorido,
hija de Zeus, que tramas ardides, te suplico;
ni a tormentos ni a angustias me sometas,
señora, el corazón;

sino ven, si una vez y en otro tiempo
percibiendo mi voz a la distancia
me oías, y dejando la casa de tu padre,
dorada, te viniste

no bien uncido el carro; y hermosos te llevaban
en torno de la tierra negra, ágiles gorriones

girando sus tupidas alas, desde el cielo,
por medio del éter;

y enseguida llegaron, y, oh bienaventurada,
en tu rostro inmortal una sonrisa,
preguntabas por qué de nuevo estoy sufriendo,
por qué otra vez te llamo,

qué quiero más que todo para mí, enloquecido
corazón; ¿a quién debo de nuevo persuadir
y conducir hacia tu amor?, ¿quién pues,
oh, Safo, te hace daño?;

ya que incluso si hoy huye, pronto perseguirá;
si no acepta regalos, en cambio los dará;
y si no ama, ya pronto habrá de amar
aun cuando ella no quiera.

También ahora ven a mí, y líbrame
de penosos desvelos; cuantas cosas
mi corazón desea, realízalo; tú misma
combate junto a mí. (1)

Me parece que aquél es igual a los dioses,
el hombre que se sienta frente a ti
y cerca, mientras hablas dulcemente,
escucha,

y también mientras ríes deseable, lo cual
hizo saltar mi corazón dentro del pecho;
pues si hacia ti un instante miro, hablar
no me es posible,

mi lengua se hace trizas en silencio, y un fuego
sutil corre debajo de mi piel,
y con los ojos nada veo, zumban
mis oídos,

me baja un sudor frío, y un temblor
me agarra toda, y verde más que hierba
estoy, que necesito ya morir
me parece.

Mas todo es soportable puesto que... (fr. 31)

“De nuevo Amor me agita, el que afloja los miembros,
esa agridulce fiera indomable”. (fr. 130)

“Amor me ha sacudido
El alma, como el viento desde el monte embiste a las encinas”. (fr. 47)

“Pues sólo para verlo es bello el bello,
en cambio el bueno al punto será bello”. (fr. 50)

Algunos, un ejército a caballo; otros, de infantes,
y otros, de naves, dicen que, sobre la negra tierra,
es lo más bello; en cambio yo,
aquello que se ama.

Y es muy fácil hacerles comprensible
a todos esto, pues quien mucho destacábase
en belleza entre todos los humanos, Helena,
a su hombre, el mejor,

dejando, marchó a Troya en una nave,
y de su hija y sus padres ni siquiera
se acordó en lo más mínimo, sino que la sedujo
.....

... flexible, en efecto,....
... levemente...
y ahora trajo a Anactoria a mi recuerdo
no estando ella presente.

De ella quisiera ver el paso amable
y el brillo luminoso de su rostro
más que los carros lidios y cubiertos
de armas de los infantes.
(....) (fr. 16)

(Traducciones de Pablo Ingberg)

Simónides (C. 556-466)

...un hombre excelente llegar a ser, cuadrado por sus manos, sus pies, su inteligencia, terminado sin reproche, es difícil...y no me resulta de sonido acorde aquello de Pítaco, aun dicho por un sabio: dice que es difícil ser excelente. Sólo un dios podría tener ese privilegio, pero es imposible que no sea carente de excelencia un hombre al que derribe una desgracia sin remedios; pues

cuando tiene éxito, es excelente cualquier hombre y no lo es si no lo tiene. (Pero son las más veces los mejores aquellos que los dioses aman.) Por ello yo jamás, buscando aquello que es imposible que llegue a ser, dirigiré el destino de mi vida en busca de esa vana esperanza irrealizable: un hombre sin reproche, de entre cuantos hacemos nuestro el fruto de la tierra anchurosa. ¡Ya os daré noticia si lo encuentro! Por mi parte, elogio y amo a todos, siempre que de su grado no hagan nada deshonesto, pues contra la necesidad no luchan ni los dioses... (No soy amigo de reproches pues me basta si uno no es malvado) ni demasiado inhábil y es conocedor de la justicia que hace bien a la ciudad: a éste no he de censurarle; pues de los necios la raza es infinita. Es bello todo aquello con lo que lo feo no está mezclado”. (fr. 25)

(Traducción de F. Rodríguez Adrados)

Referencias Bibliográficas

García Cataldo, Héctor. *Poesía lírica griega arcaica del siglo VII a.C.: Antología de fragmentos*. Centro de Estudios Griegos, Bizantinos y Neohelénicos. Facultad de Filosofía y Humanidades. Universidad de Chile. Santiago: LOM Ediciones, 1998.

Ingberg, Pablo. *Safo: Poesía Lírica de la Antigua Lesbos*. Santiago de Chile: RIL, 1997.

Rodríguez Adrados, Francisco. *Lírica Griega Arcaica (Poemas Corales y Monódicos, 700-300 a.C.)* Madrid: Editorial Gredos, 1980.

_____. *Líricos griegos: elegíacos y yambógrafos arcaicos*. Barcelona: Ediciones Alma Mater, 1956.

_____. *El mundo de la lírica griega antigua*. Madrid: Alianza Editorial, 1981.